

Montex 5 de Septiembre 78

PLAZA PUBLICA

Juicios Presidenciales Sobre 1968 El Informe de Díaz Ordaz, Entonces López Portillo, Diez Años Después

Por MIGUEL ÁNGEL
GRANADOS CHAPA

Entre bromas y veras he oído de un alto funcionario en la época del Presidente Díaz Ordaz narrar que

éste, durante el sexenio que le sucedió, se miraba al espejo y se llama tonto por haber entregado el poder presidencial a su Secretario de Gobernación. Recientemente, en una comunicación pública, el propio Díaz Ordaz pareció convalidar el reconocimiento de su error en el principal acto de su gobierno, cuando enjuició severamente a su sucesor, hablando de los desfilfarros que condujeron a la devaluación del peso en 1976 y de los seis años de políticas equivocadas, que, en su opinión, empezaron a transcurrir el primero de diciembre de 1970.

El viernes pasado, al oír el segundo informe del Presidente López Portillo, se podía descubrir otro gravísimo error en la gestión presidencial del fugacísimo primer embajador de México ante la Corona española. Se trata del juicio que emitió hace justamente diez años, en su cuarto informe, sobre el conflicto estudiantil popular al que tuvo que enfrentarse.

Con una miopía política e histórica ya evidente entonces y que el tiempo se ha encargado de corroborar, Díaz Ordaz se atrevió a decir que "en unas semanas o en unos meses, los acontecimientos tomarán, con la perspectiva del tiempo, su verdadera dimensión y no pasarán como episodios heroicos, sino como absurda lucha de oscuros orígenes e incalificables propósitos".

Díaz Ordaz se equivocó. Al correr de las semanas, de los meses y de los años, los acontecimientos tomaron, en efecto, su verdadera dimensión, que no es la que él había augurado. Aún para las perspectivas más conservadoras, el movimiento de 1968, si bien no puede ser estimado como un episodio heroico, difícilmente es reducido, según la teoría de la conspiración a la que se acudió Díaz Ordaz, a una "absurda lucha de oscuros orígenes e incalificables propósitos".

El 28 de julio pasado se dio a conocer en México una entrevista concedida por el Presidente López Portillo al diario romano "La Repubblica". En ella, con un tono por completo lejano del de Díaz Ordaz, el actual presidente dijo a este propósito: "las condiciones del 68, aquellas que yo defino como la crisis de la conciencia nacional, han sido superadas. El país ha entendido la lección, ha comprendido que las instituciones atravesaron por un período de crisis, eran sometidas a una prueba. La crisis se ha transformado en toma de conciencia, y esto está ya históricamente probado, porque se ha comenzado a dar soluciones a los problemas de entonces".

Todavía más ajeno a la tesis de una conjura antinacional, en su segundo informe el viernes pasado, López Portillo se refirió otra vez al 68 diciendo que, entonces, "nuestras realidades fueron exhibidas por las nuevas generaciones, inconformes ante los frutos de nuestro movimiento social y la persistencia lacerante de algunas de las lacras, que con más vehemencia ha combatido".

Era, pues, una causa de orden social la que, según López Portillo, promovió la inquietud estudiantil. Díaz Ordaz, en cambio, sólo vio en ella "la sistemática provocación, las reiteradas incitaciones a la violencia, la violencia misma en distintas formas, el tratar de involucrar a grupos estudiantiles —en ocasiones hasta a niños de escuelas primarias—, en resumen los evidentes y reiterados propósitos de crear un clima de intranquilidad social, propicio para disturbios callejeros o para acciones de mayor envergadura, de las más encontradas y enconadas tendencias políticas e ideologías y de los más variados intereses, en curiosa coincidencia o despreocupado contubernio".

Puede argüirse, para atenuar la cortedad de miras de Díaz Ordaz, que los momentos en que pronunció sus juicios eran menos propicios a la reflexión que los que ocurren diez años después. Pero la disculpa se viene por tierra si se recuerdan otras opiniones que, surgidas también al calor de los acontecimientos, calan más hondo en la verdadera naturaleza de las posiciones estudiantiles y populares. Por ejemplo, el rector Barros Sierra, ocho días después del informe, en un "llamado a los universitarios" en que los instaba a volver a clases, considerando que "nuestras demandas institucionales, contenidas en la declaración del Consejo Universitario publicada el pasado 18 de agosto, han quedado satisfechas, en lo esencial, por el ciudadano Presidente de la República en su último informe" encontraba, sin embargo, que "el conflicto estudiantil es síntoma de problemas sociales y políticos que nuestra nación, en conjunto, no ha resuelto todavía".

Diez días más tarde, el 19 de septiembre, horas después de la ocupación militar de Ciudad Universitaria, el propio rector Barros Sierra sentenció que "la atención y solución de los problemas de los jóvenes requieren comprensión antes que violencia. Seguramente podrían haberse empleado otros medios".

Todavía al año siguiente, transcurridos las semanas y los meses de que hablaba el propio Díaz Ordaz, y todavía cubierto el país por el velo negro que se abatió sobre nosotros el 2 de octubre, Díaz Ordaz insistió en que el movimiento de 1968 habían sido puras algaradas y motines. A ver si, tan respetuoso como es de la investidura presidencial algo le dicen los juicios de quien ahora ocupa el lugar que él ocupó.